

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 21 »
 Por un año. 40 »
 Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Un año id. 50 »
 ESTRANJERO, tres meses. 30 »
 ULTRAMAR, un año. 6 pesos

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

III.

Aun tengo en la memoria la primera Exposicion de pinturas que vi siendo muchacho.—Era en los salones de la Academia. Unos cuantos caballetes colocados aquí y acullá ofrecian á la consideracion del público las obras de los artistas contemporáneos junto á los lienzos de los maestros antiguos que llenaban las paredes; y quizá la mayor prueba de resignacion evangélica que podia dar la Santa Isabel de Murillo, era permanecer impávida en su puesto, sin pestañear ni tomar las de Villadiego ante aquella vandálica violacion de su domicilio.

Entre algunos cuadros decentes, que á fuer de tales evitaban en un salon retirado el paralelo que sus compañeros arrostraban sin pudor, atraian las miradas del concurso unos cuantos paisajes de Villaamil, ante los cuales se extasiaba un grupo de admiradores constantemente renovado. Aquellos lienzos, que hoy apenas sostendrian la comparacion con las obras secundarias de nuestras Exposiciones, presentaban un singular conjunto de prendas raras y de defectos monstruosos. Decir que en ellos la verdad andaba por los suelos ó por las nubes, seria mentir, porque nubes y suelos pecaban precisamente por falta de verdad. Pero en compensacion de sus imperfecciones lucia en ellos una cosa ante la cual jamás permanece indiferente la multitud: hablo de la imaginacion.

Tras el vigoroso talento de aquel artista extraviado, corrian jadeantes dos ó tres pintores, que, á tuertas ó á derechas, imitaban las extravagancias del maestro, sin asimilarse sus virtudes geniales.

Así continuaban las cosas algunos años despues, cuando un andaluz... (un andaluz nacido entre el Mosa y el Rin, *s'il vous plait*) arrancó un cerro, no sé de donde, lo clavó íntegro, palpable, original, en un lienzo de vara y media, lo iluminó con los rayos de la aurora, y lo colgó en una galería del ministerio de Fomento. Aquella luz nos hizo ver la naturaleza tal cual es, y fué la alborada de la verdad para los paisistas españoles.

De la Exposicion de 1856 data entre nosotros el paisaje sin fantasmagoría ni luz de bengala, y desde entonces hemos visto á la verdad tomar asiento, no solo en los cuadros de Haes y de sus discípulos, sino en los de otros que jamás han recibido lecciones del pintor belga. Rico, por ejemplo (hoy que no juzgamos sus últimas producciones podemos hacer justicia á las excelentes dotes que le distinguen), Rico jamás ha falseado la naturaleza por halagar la ignorancia; y á la fiel reproduccion de la verdad, hasta donde logra verla, debe la envidiable reputacion de que goza.

Pero no hay dicha completa. Al echar de casa al antiguo amaneramiento, espantamos, quizá sin querer, á una inocente, que hasta entonces—cierto es—habia vivido con él en santa paz, pero cuya presencia de ningun modo podia perjudicarnos. La poesía, que desde aquel punto nos miró ceñuda, no siempre se ha dignado visitar el estudio de nuestros hábiles artistas; y, por la mayor parte, los paisajes contemporáneos están pintados en prosa.

Hoy creo verla dispensar sus favores á un pintor—á un principiante—cuya última muestra, juntamente con la candorosa inexperiencia de un talento poco ejercitado, anuncia un gran caudal de facultades innatas. La *Vista del Pardo al disiparse la niebla* (291), permite ver en el Sr. Muñoz todo un artista en ciernes (algo más

que en ciernes), y da pié para profetizarle, sin riesgo, una carrera gloriosa, si este niño mimado de la naturaleza perfecciona y robustece su talento con el estudio, que ha de revelarles los últimos secretos del arte.

En su cuadro hay defectos que saltan á la vista. Por el pronto, le falta equilibrio: la sombra carga demasiado á la derecha y la luz á la izquierda. Pero ¡qué luz! Y además ¡qué frescura, qué solidez, qué vigor, qué franqueza! ¡Qué bulto tienen los terrazos de la izquierda! ¡Qué lozanía los árboles del centro! ¡Qué grandeza las líneas generales de la composicion!

¡Bravo! Por ese camino llegan los artistas á maestros—si á la fuerza saben unir la prudencia.—Cuidado, pues, con marearse: la senda ofrece graves peligros, por su misma elevacion, y seria cosa terrible caer de tan alto.

Casi el mismo consejo puedo y debo dar al Sr. Domingo, que con tales bríos comienza. Su *Lance* (113) tiene pocos lances, pero mucho atrevimiento y un vigor extraordinario. La accion de los dos personajes es un poco violenta, las figuras un poco rechonchas y la escena un poco teatral; pero todo el cuadro (y lo mismo sus cuatro hermanos) descubre la fogosidad de un talento poderoso á quien hace más falta el freno que la espuela.

No sabré decir con tanta seguridad lo que falta al señor Moreno; pero ello algo es. Sin embargo, la *Conquista de Cádiz* (287) tiene buena luz, y hace comprender que la escena sucede al aire libre. ¡Luego direis que no me gusta prodigar alabanzas!

Si por el tamaño se clasificaran las obras, la del señor Moreno seria un cuadro de género, y la del Sr. Ferran un cuadro de historia. Pero mucho temo que suceda lo contrario. Difícil es, sin embargo, clasificar la *Apotheosis de Cervantes* (139). Para obra de género le sobra tamaño; para pintura decorativa le falta grandeza. Lo alegórico del asunto, lo colosal de las figuras y la distribucion general de los grupos me harian ponerlo en la última categoria, si de tal propósito no me desviase la falta de belleza ideal en los tipos, la carencia de severidad en las líneas y la ausencia de carácter monumental en el conjunto. Si la obra fuese verdaderamente decorativa, tendrian no solo disculpa, sino explicacion muy satisfactoria, la escasez de detalles, la carencia de realidad y la extrañeza de tintas que dan al fondo el aspecto de una inmensa acuarela. Tal como es, la *Apotheosis de Cervantes* presenta cosas muy bien pintadas, que dejan ver el progreso del artista y adivinar lo que hará cuando halle un asunto más apropiado á la índole de su talento.

No sucede lo mismo con el *Enrique III* del Sr. Fierros (153), donde se descubren invariables las prendas que siempre le han distinguido. Para pasar del género á la historia, el pintor ha pensado que bastaba poner un cristal de aumento sobre sus antiguos lienzos. El de este año, será como seis ú ocho veces mayor que los anteriores; pero el lente ha hecho crecer el conjunto sin aumentar el detalle, y por ende, las figuras resultan un poco vacías. El modelado es pobre, y toda la obra descubre, no faltas, sino falta de dibujo. Buscando con cuidado, hallareis manos sin nudillos, y brazos sin codo. El cuadro está indicado: solo falta hacerlo. Pero quien ha pintado la alfombra del trono, bien puede fundir un poco más las tintas descompuestas por el malhadado microscopio; y entonces quizá llegue á ser un cuadro lo que hoy solo es un boceto colosal.

Supuesto que vamos deprisa (¿y cómo no, si la exposicion ha de durar apenas un mes?) pasad por alto un retrato regular de German Hernandez (215), otro mediano de Trias (404), la *vendimia*, de Martí (249), dos fruteros de Roldan (366 y 367), y algunos más que no hay tiempo para ver. ¡No hicimos ya lo mismo en la sala segunda,

olvidando, entre otras cosas, un interior de Poleró (337), que no merecia tal suerte? Harto haremos con recoger la nata de cada sala; y sirva esto de satisfaccion á los que no se juzguen muy bien tratados.

Solo así podremos dedicar cinco minutos á lo que merece una hora: por ejemplo, al *Cardenal penitenciario* de Alvarez (14). Yo, aunque pecador, nunca he concurrido á la importante ceremonia en que Su Eminencia desempeña el papel de protagonista; mas sin haberla presenciado, tengo de ella cabal idea, gracias al lindo cuadro del pintor asturiano. Su composicion es clara, y los grupos aparecen repartidos con tino. De color tiene lo que le basta, y de dibujo algo más de lo que otros artistas suelen gastar en lienzos de tan cortas dimensiones. Las figuras están bien movidas; el fraile y el obispo de la izquierda hablan... como Demóstenes y Ciceron; y ni más ni menos los dos lacayos del último término. En todo el cuadro se advierte cierta elegancia, mundana más que artística; elegancia que allí sienta bien, y que si no avasalla la admiracion de los inteligentes, conquista la simpatía de los profanos. No faltará quien lo crea más propio de un salon que de un museo, ni quien pretenda darle la calificacion de bonito más bien que la de bello. Por mi parte, á quien tal piense le señalaré la figura que está de pié junto al cardenal, y muy melindroso ha de ser si le niega la belleza, en toda la extension artística de la palabra.

La *Pila del agua bendita* (15) y el *Baile en Asturias* (16) son dos muestras de pintura delicada, y el segundo, aunque ménos concluido, me agrada más que el primero.

La obra ménos feliz en la exposicion del Sr. Alvarez, es la más importante por su tamaño, y está colocada tres salas adelante. No quiero decir con ello que la escena de *Isabel la Católica en la Cartuja de Miraflores* (13) constituya un mal cuadro. ¡Libreme Dios! Pero de seguro no llena su objeto como los tres restantes. ¿Consistirá esa falta en que es mayor el objeto ó en que es menor el mérito? ¿Qué sé yo! Acaso en ambas cosas.

Si el Sr. Worms aprendiese á componer como el señor Alvarez, lucirian más sus buenas prendas de pintor.—La *Despedida del contrabandista* no le ha valido tantos plácemes como el *Bodegon asturiano* que nos le dió á conocer en la última Exposicion. Y sin embargo, considerado por partes, el cuadro tiene cosas muy buenas. El burro (que así se llaman los de su especie, hablando sin perdon) está perfectamente pintado, y lo mismo la pana azul de que va vestido su dueño. Considerada en globo, agrada ménos la obra; y aunque los personajes, por regla general, son españoles de buena cepa, al fin y al cabo se les conoce que obedecen á un extranjero. Acá en nuestra tierra, los contrabandistas no se despiden tan por lo fino: una palmada en el hombro, un torniscon más expresivo que delicado, y en casos excepcionales un abrazo á topacarnero les bastan para despedirse de todo el género humano, cuanto más de todo el género femenino. Hacer otra demostracion seria rebajarse. El contrabandista del Sr. Worms está mejor educado, y el ademan con que estrecha la cintura de su oislo no es tan español como pudiera desearse. A mí no hay quien me quite de la cabeza que ambos van á cantar el alegro de un duó.

Como presumo que no han de hacerlo muy á cuenta de nuestros oídos, pasemos á otro salon antes que empiecen.

Federico Balart.

SONETO FILOSÓFICO.

A mi amigo D. José de Navarrete.

Haces bien en decir, Lesbia querida,
que para mí son leyes tus antojos,
pues por una mirada de tus ojos
satisfecho y feliz diera mi vida.

Pide á mi amor sin tregua y sin medida
sacrificios, placer, dicha y enojos;
pide que torne en flores los abrojos,
y en pavesas la nieve derretida.

Pídeme que te cante como Homero,
que ruja como hirviente catarata,
que lllore entre cadenas prisionero:

Pídeme, Lesbia, mi ilusión más grata;
mas no me pidas ropa ni dinero
porque estoy más perdido que una rata.

M. del Palacio.

MADRID DE NOCHE.

ARTICULO TERCERO.

Hablaba en un estilo tan enfático
como el más estrado catedrático.
FARIANTE.—Fábulas.

I.

La luz va apareciendo en la zona oriental, se disipan lentamente las sombras y comienza á bosquejarse el día con todos sus horrores.

No me refiero al día en el campo, en medio de la naturaleza, en donde casi todo es alegría, belleza, perfección; en donde cada cosa tiene su objeto y cada objeto mil cosas útiles, graciosas, deslumbrantes, armónicas, desde el hombre que halla el pan de cada día, hasta el gilguero que encuentra indefectiblemente anagálicas.

Hablo del día en las grandes ciudades, del día en Madrid.

En el último caos crepuscular se diseña vagamente una cosa indescriptible, especie de espectro que avanza con rapidez, haciendo un ruido estridente y metálico. Esta aparición, vista de frente, es un monstruo con dos cabezas, la una sobrepuesta á la otra; examinado de perfil, se asemeja á un ángulo muy abierto, cuyos extremos terminan con una cabeza de hombre y una cabeza de burro del sexo femenino, como diría Gedeon.

Este sér extraño, mueca del arte ecuestre, pues cabalga en el cuarto trasero, es el precursor del sol, el digno heraldo del día, que le anuncia con esta palabra terrible: ¡El burreeero!

Desde entonces van apareciendo todas las deformida-

LA SEÑORA DEL 13. (4)

(Continuación.)

Esto me produjo un cólico muy fuerte, y como en el wagon en que yo iba no había medio de adquirir otra bebida mejor, se me ocurrió una gran cosa. Eché en el frasco del vino un frasco de agua de colonia que yo traía conmigo, y ¡oh descubrimiento! el vino malo se transformó en un elixir delicioso.

—¡Qué atrocidad!

—Pues señor, esto me hizo discurrir mucho, y observar y calcular por espacio de algunos días. Lo mismo debía sufrir Blasco de Garay antes de inventar el vapor. Al año siguiente volví al pueblecito, y aquella vez vi coronados mis esfuerzos. Pedí vino puro, es decir, vino del detestable, lo mezclé en proporción conveniente con el agua de colonia, y le añadí una tercera combinación. Mostaza y canela.

—Pero hombre, eso es un brebaje.

—¡Pero qué brebaje, chico! Llevé á Paris unas cuantas botellas, y todo el que bebía se chupaba los dedos.

—¿Qué nombre le diste á esa pócima?

—Ninguno. ¡Pues ahí está el talento, hombre! No quise revelar mi secreto. Dije que el vino procedía de Alemania, pero nada más. ¿Sabes cuál era mi proyecto? El siguiente. Pedir á préstamo una cantidad gorda, para comprar vino de aquel. Esto es una fortuna para aquellos lugareños, que darán por poco más de nada un *peleon* que no les sirve más que de disgusto.

Traer á España una gran cantidad de vino malo y prepararlo con mi agua de colonia, mostaza, canela y agua de Lozoya; ¿eh? Ponerle al vino un nombre retumbante y sonoro. Hacer que toda la prensa de España y del extranjero recomiende ese gran elixir y diga que es lo más estomacal para el estómago y lo más saludable para la salud que se conoce. Lograr que las familias se convenzan de que es el único vino para las comidas. Y darle mucho más barato que el Valdepeñas, el Manzanilla y todos esos vinillos vergonzantes que no sirven

(4) Véanse los números desde el 27, correspondientes al día 3 de enero.

des sociales; las calles se estremecen como reptiles irritados por las pisadas; comienza á elevarse el ruido de los trabajos forzados, y surgen todas esas creaciones terribles y repugnantes que los poetas, mitólogos y cabalistas han atribuido malamente á la noche.

Aparece la *cariátide*, bajo la forma de criada asturiana, que sacude un ruedo, como algunos toreros el capote cuando torea.

La *Euménide*, que es la patrona que tiene pupilos insolventes y se dirige al mercado en busca de venenos.

Las *Parcas*, que son los acreedores.

El *Vampiro*, transformado en usurero que va á celebrar un juicio.

El *fuego fátuo*, elegante ginete en un caballo inglés.

La *Salamandra*, que es la *entretendida* abrasada del deseo de ser señora.

Todos estos seres fantásticos y cosas reales se encuentran, se chocan, se repelen, serpentean mezclándose, y á veces mistificándose unos en otros, unidos todos entre sí como un inmenso miriápodo por la vértebra de la común cadena, por la *miseria* física ó moral, esfinge-terrible, cuyo enigma aun no ha podido aclararse en diez y nueve siglos.

Madrid, durante el día, es como una gota de agua corrompida, vista á través del microscopio solar.

El sol todo lo analiza.

Y á veces sobre este montón de dolores y de ideas, pero de ideas mezquinas, como la de la subida del pan ó la baja de los treses, se ciernen fatalmente el suicidio.

Atraviesa un hombre por la Puerta del Sol, y á la luz del idem, se examina á sí propio... Siente la diabetes del sombrero, la erupción cutánea de la levita; ve los diafragmas del chaleco y del pantalón; se horroriza de la elefantiasis de sus botas, y abrumado con todas estas enfermedades, para las cuales no hay hospital, busca la curación en el estanco chino del Retiro (1).

La sociedad iluminada es mil veces más tenebrosa que la noche; el alma humana se trasparenta á la luz del día.

II.

En Madrid, el ocioso pobre, si quiere matar el tiempo, tiene fatalmente que ir por la mañana á la parada y durante el día al café de Madrid.

¡Qué gran café sería el café de Madrid, si fuese grande!

Así y todo ¡qué grande es en su pequeñez! ¡Cuántas cosas amontonadas en un espacio tan pequeño! Miles de banquetas, centenares de mesas, multitud de *salonas* como las casillas de un tablero de damas, estatuas, que allí parecen colosales, un aluvión de mesas de billar, ¡qué sé yo!

El café es la síntesis alegórica de la nación; allí todo es atómico, microscópico, lilliputiense; solo falta uno de esos jardines chinos en miniatura.

El que penetra hasta las profundidades del café de

(4) El autor dedica este párrafo á los doctores en medicina y cirugía.

para descalzar á mi sublime licor; y por último, hacerme rico en dos años.

—¡Bravo! ¡Bravísimo.

—Tengo calculado que puedo ganar en cada botella un trescientos por ciento, porque yo compraré el *généro* sumamente barato.

—Pero ¿y el dinero para comenzar el negocio?

—Lo tengo casi atrapado.

—¿De veras?

—¿Cómo que cuento con un gran sócio.

—Cuéntame eso.

—Verás. Se ha observado que las personas que beben mi *composicion*, experimentan al poco tiempo grandes resultados.

—¿Pues cómo? ¿Se engordan mucho, tal vez?

—Les sucede una de dos cosas: ó revientan, ó padecen grandes irritaciones y descomposicion en el estómago.

—¡Asesino!

—Déjame hablar. Mi particular amigo Teodoro... no importa el apellido, posee un capitalito de cuatro á cinco mil duros, que ha logrado reunir matando gente. Es médico, pero un médico de lo más bárbaro que se conoce. Sus compañeros han elevado exposiciones contra él, y hasta se ha tratado de quitarle el nombramiento. Ahora bien; yo he consultado con él acerca de mi negocio, y está dispuesto á protegerme. Es casi indudable que al año de beber mi *nectar* los habitantes de una provincia, se ha de desarrollar en toda la provincia una cantidad extraordinaria de irritaciones gástricas. Esto viene á ser lo mismo que una epidemia. Como los médicos no podrán sospechar que el vinito sea la causa, supuesto que es muy agradable al paladar, y además irá recomendado admirablemente, y pondremos en la lista de parroquianos á una porción de príncipes extranjeros, todo el mundo dirá: «¿qué plaga es esta?» La plaga de las irritaciones. Para curarlas, está el doctor mi amigo. Inventará un medicamento cualquiera con mucha pompa de anuncios, etc., y si se pierde en el comercio del vino por un lado, se gana en la venta del jarope por otro; si se ve que una cosa y otra dan que pensar á la gente, se suspende la venta de ambos géneros, y así como así, ya habremos hecho para entonces dos ó tres millones de reales.

Madrid, es tan digno de elogio como nuestros marinos atravesando por entre los escollos y las sirtes de Abtao...

Ayer, yo, que vagué por Madrid de día, despues de asistir á la parada, fuíme á descansar al café de Madrid, y al lado de una mesa, hallé en el suelo una cartera.

No hablaré de la mayor parte de su contenido, porque *peor es meneallo*; pero no puedo resistir al deseo de llenar papel, trascribiendo una carta y otra cosa que habia en la susodicha cartera, sin atreverme á alterar la ortografía, por no profanar el texto.

La carta es digna de ser conocida, y como inspiracion del día, no se destaca completamente del pensamiento recóndito de este artículo.

Dice así:

«Amado Adolfo: e recibido tu carta que me ha colmado de placer, así como tambien la entrega de tu novela *La Mora y el Cardenal*: ¡que vonita es! al leerla se me figurava estar viendo mi retrato en Ermelinda ¡Ah! soi tan desgraciada como ella y te amo mas quella amava á D. Roger. lo que me choca un poco, es el porque todos los capitulos empiezan diciendo: *era la noche*: á mi se me figura que alguna vez deberian hacer que fuese de día. Sabras que estoy muy triste porque esta vida es insufrible. Mi mamá está cada vez mas achacosa y mi ermana cada dia mas gruñona ¡Ya se be! como teme quedarse para bestir imagenes! No te puede ber. el otro dia la enseñé tu novela y me dijo que un trozo mui vonito, uno que dice. me le e haprendido de memoria, que dice: O muger, ultima creacion del sexto dia obra maestra de la divinidad, ¿Que eres, cuando se presenta pura tu alma? un amoroso pensamiento del Eterno; pues dijo que le abia leído en una novela francesa, que le abias copiado. Yo la dije. que mas bien le avria copiado de tí el frances, aunque puede ser que esto sea costunvye entre ustedes.

A mi tampoco me puede ber, porque soi mas joven y mas vonita que ella, y estoy aprehendiendo el frances que me enseña mi vecina la francesa, asi es que entre estas cosas y el estar siempre dale que dale cosiendo, estoi desesperada y vien sabe Dios que sino tubiera esperanza de que nos casaremos, aria una atrocidad Adolfo mio, te pido por lo mas sagrado que agas que se represente ese drama á ber si nos casamos porque te quiero mucho, y no quiero que me suceda lo que á mi ermana.—Tu amante.

ESPECTACION.»

Además de la carta, habia, como he dicho, esta otra cosa:

EJERCICIOS PARA APREHENDER LA LENGUA FRANCESA.

Battre le pavé.—Zurrar la pavana.*Les buttes montmartre*.—Las botas de mi madre.*La pucelle d'Orléans*.—La pocilga de Orleans.

III.

Voy á concluir con un pensamiento horroroso para los admiradores del día y del sol.

Los filósofos hemos convenido en que la muerte no

—Chico, eso es admirable, pero es criminal.

—¿Criminal? ¡Pues no estás viendo todos los dias anuncios de líquidos y de medicinas que sirven para todo, y al mismo tiempo no ves que en todas partes hay que hacer cementerios nuevos?

—¡Eres el diablo!

—¡Te digo que el negocio es infalible!

—¡Puede ser!

—No lo dudes. Si, como espero, recibo pronto aviso de un sócio y distinguido amigo... es cosa hecha.

—¡Ingrato! Quieres dejarme...

—Para volver á verte pronto; para decirte: «Aristides, puedo ofrecerte medio milloncelo...»

—Gracias. Si pudieras ofrecerme otra cosa...

—¿Qué? ¡El amor de la señora esa?

—Sí, Juan, yo no puedo vivir así; yo no estaré tranquilo hasta que pueda llamarla mia...

—Deja eso ahora; no pensemos tanto en ello. Mira, mira cómo han acudido hoy al paseo todas las amigas... ¡Uf! Cómo está esto ya de coches... Sabes que es un poco *cursi* esto de pasear en simon por entre tanta carretela ¡ay! ¡cuando yo tenga carretela propia!... Hasta entonces, ¡cuántas irritaciones gástricas ha de haber en España, caramba!

Aristides iba un poco distraido. Apenas contestaba á los saludos de sus amigos. Despues de un rato de observacion se tendió en el fondo del coche, y comenzó á tararear el aria de *Los Puritanos*.

Juanito sacaba la cabeza por la ventanilla de la derecha, por la de la izquierda, miraba luego hácia adelante... no estaba quieto un momento.

—Mira, mira, mira, dijo de pronto. ¡Qué cosa tan rara!

—¿Qué es ello? preguntó Aristides.

—Observa las armas de ese coche.

Aristides se asomó á la ventanilla y miró hácia la derecha. El coche de que hablaba Juanito era una carretela negra. En la portezuela y en el lugar correspondiente al escudo de armas ó iniciales del dueño, habia un número 15 de color encarnado.

Al mismo tiempo que Aristides iba á manifestar la extrañeza que le causaba aquella extravagancia, una cabeza de mujer asomó por la ventanilla y miró hácia el paseo.

EN LA EXPOSICION.



—¿Ha pasado alguna desgracia?
—¡Ay! Sí, señor. ¡Calle Vd., si es cosa que parte el corazón; acabo de ver un Santísimo Cristo escarnecido por las bellas artes!

—¡Qué admirable es ese efecto de sol! Según el calor que siento al verlo, cualquiera diría que estoy en los desiertos de Africa.
Un guardia.—Caballero, que se va Vd. á quemar la levita.

—¡Ella!! gritaron á un tiempo los dos amigos. Era, en efecto, la misteriosa desconocida del palco del teatro de la Opera.

—¡Adelante, cochero! dijo Aristides al auriga que guiaba el coche en donde iban los jóvenes. Póngase usted al nivel de esa carretela.

—¡Corre! le dijo Juan, ¡corre, y habrá propina!

El cochero dió un latigazo al *penco*, y procuró alcanzar á la carretela, que corría con una velocidad desesperadora.

Por fin llegó á doce pasos de ella.

—¡No puede ser, señorito! dijo el cochero.

—¡Acércate! gritó Aristides.

—¡Que no pueé ser! ¡Hay otro coche que está ya al lao de ese!

En efecto; un *panier* guiado por un caballero se había colocado junto á la carretela del número misterioso.

—¡Qué fatalidad! decía Aristides dando patadas en el suelo de su coche.

—¿Quién será ese majadero? decía Juan desesperado de que les hubiera ganado por la mano el otro.

Como el cochero de nuestros dos amigos no se olvidaba de que ganaba propina si lograba acercarse á la carretela negra, procuró ir rozando con el *panier*, y tanto lo consiguió, que el caballero que iba delante hubo de notar, y se volvió á mirar al cochero imprudente.

Aristides y Juan, que iban asomados á las ventanillas, le vieron la cara.

Era el mismo personaje á quien Juan aplastó el sombrero en el teatro.

—¡Esto sí que me sorprende, y de veras! dijo Juan, que acababa de concebir una sospecha.

—¿Por qué? preguntó Aristides, que aunque la había concebido también, no quería darle proporciones.

—Por... nada, respondió Juan, y volvió á mirar hácia afuera.

Aristides hizo lo mismo.

El hombre aquel volvía la cabeza de cuando en cuando, les miraba, y sonreía de una manera particular.

—¡Por mi nombre! dijo Aristides, ¿será verdad lo que ayer me dijeron? ¿Será ese hombre el amante de esa mujer? ¡Adelante, cochero, adelantéese!

—¡¡Adelante!! gritó Juan, y suceda lo que suceda!

—¡Pero es que no pueé ser! exclamó el cochero.

—¡Pues que sea!

—¡Voy á atropellarlo!

—Sí.

—¡Y me llevan á la cárcel!

—Yo te sacaré.

—¡Quía! ¡Le igo á usted que no pueé ser!

—¡Animal! ¡Dos napoleones, si te pones en el lugar del coche que va delante.

Al oír *dos napoleones*, el cochero dió un latigazo feo al caballo, el caballo levantó las patas delanteras, y casi se metió en el *panier*. Entonces el hombre aquel se puso de pié en su carruaje, y volviendo el látigo rápidamente, cruzó la cara al *simon*, que dió un grito, acompañado de una interjección no floja.

—¡Por vida de Dios! gritó alzando su látigo.

El desconocido se puso en guardia.

—¡Le voy á matar! gritó el cochero bajando del pescante.

—¡Mátale! le gritó Juan.

—¡A la cárcel! gritaron varias personas desde el paseo.

Ya venía el guardia veterano á todo galope.

—¡Alto! exclamó poniéndose entre el *panier* y el cochero, que buscaba algo en el bolsillo de la levita.

—¡Me ha pegado!

—Se ha adelantado de la fila, dijo tranquilamente el dueño del *panier*.

Aristides y Juan habían bajado del coche.

—Lo que ha pasado aquí... dijo Aristides.

El dueño del *panier*, sin hacer caso de lo que pasaba, azotó á su caballo, y partió como un rayo.

Juan pagó la multa para lograr que el coche anduviera de nuevo. Aristides ofreció al cochero dos napoleones más si lograba encontrar el coche del número 13 encarnado y seguirle donde quiera que fuere; y en efecto, al poco rato el modesto *simon* seguía al coche de la desconocida.

Después de andar un buen espacio el coche de la desconocida, se detuvo.

El en que iban Aristides y Juan se detuvo también.

Estaban en la plaza del Progreso.

Ya era completamente de noche.

La desconocida bajó y entró en una casa. Aristides dió

la propina ofrecida al cochero, y se quedó en el portal. Juan se marchó harto de aventura.

XIII.

Ya tenemos á Aristides en camino de saber algo. Paseándose por enfrente de aquella casa, lanzando miradas ansiosas á todos los balcones, y contando los segundos por los latidos de su corazón, pasó un rato, si rato puede llamarse al espacio de tiempo comprendido entre las siete y las doce de la noche.

Cinco horas mortales estuvo dando paseos.

Nadie más que él lo hubiera hecho. Verdad es que nadie hubiera tomado tan á pechos como él la aventura aquella. Al oír las doce tuvo un momento de duda, y pensó en retirarse; pero tenía la convicción de que la desconocida le había visto al bajar del coche, y sin saber por qué, abrigaba la esperanza de que se asomaría al balcón más tarde ó más temprano.

Además, durante aquellas cinco mortales horas, los visillos de cierto balcón de la casa se habían levantado varias veces y vuelto á caer en seguida.

Dió la una.

Aristides suspiró, ya próximo á la desesperación.

La plaza estaba desierta. Solamente se distinguían las luces de los farolillos de los serenos, que vigilaban en las bocas-calles.

De pronto se oyó el ruido de un balcón que se abría.

Aristides dirigió la vista al balcón aquel y vió la silueta de una mujer.

—¡Ella es! murmuró, y sintió una conmoción tal, que tuvo que apoyarse en un árbol.

La sombra hizo una seña con un pañuelo.

Aristides se acercó á la casa.

¡Oh momento de placer! Vió que la sombra dejaba caer un papel; ¡una carta!

Vió la carta en el aire, y extendió los brazos...

Pero la carta no llegó al suelo.

Se quedó en el balcón del cuarto segundo.

En seguida la mujer misteriosa cerró el balcón, y Aristides se quedó frío, inmóvil, como herido de un rayo.

Eusebio Blasco.

(Concluirá.)

tiene nada de feo, de ilógico, ni de repugnante; pero todos los grandes pensadores estamos de acuerdo en que no hay nada más espantoso en la humanidad que ese desamor de los hermanos hacia el hermano, que ese *in pace* a la luz del sol, por el cual un alma se sumerge antes de tiempo en la eternidad, y que se llama *ejecución de un reo*.

Pues bien; en el *caló* hay esta palabra estraña:

El Olipandó.

Su origen filológico viene, despues de muchas corruptelas, de la palabra latina *oleum*, que significa aceite; esto es, luz ó causa de la luz, y del *argot* francés, que ha alterado la palabra francesa *pendú*, que quiere decir *ahorcado*. Tenemos, pues, que *olipandó* es *luz del ahorcado*.

En la gerga de los miserables, de los abyectos, de los criminales, se llama al sol *el olipandó*.

F. Moreno Godino.

MURMULLOS.

—Pedro.

—Señorito.

—¿Anda por ahí mi reloj?

—No señor.

—¿En dónde le habré dejado?

El señorito busca en todas partes, y al fin se dirige á su alcoba, en donde estaba el doméstico cuando le hizo la pregunta.

El reloj estaba allí.

—¡Ah! bárbaro... me has hecho registrar toda la casa... tienes ojos y no ves.

—Ya se ve que veo.

—¿Has visto mi reloj?

—Sí, señor.

—¿Y por qué me dijiste que no?

—Vd. me preguntó si andaba.

—Bien, ¿y qué?

—Que yo he dicho que no, porque está parado.

La Correspondencia me hace gracia.

Hablando de la última *Guía de Forasteros*:

«El Senado, dice, tal como aparece en este libro, deduciendo algunos hombres que han desaparecido despues de su impresion, consta de 314 senadores.»

¿Qué hombres serán estos que han desaparecido despues de su impresion?

¿Quién los ha impreso?

Créame Vds., el estilo será el hombre, pero no *La Correspondencia*.

Hasta sus corresponsales la imitan. El de la Habana le dice entre otras cosas:

«Arjona, que marchó á Méjico en busca de gloria y dinero, y á quien esperábamos, aun no ha parecido.»

Estó y aquelló junto parece cosa de magia.

Un zagalon de catorce mayos, que vive la mayor parte del año en un colegio, en donde pasa por un calavera, salió el domingo último para asistir á un banquete que daban sus papás.

—Vamos, dijo á los postres el autor de sus dias, di á esa señora que tienes á tu lado alguna cosa agradable para que vea los progresos que has hecho.

El chico se puso encendido.

—Vamos, vamos... exclamaron todos esperando á que hablase con la boca abierta (los convidados se entiende).

—Pues bien, murmuró el niño, y dirigiéndose á la dama, añadió: ¿le gusta á Vd. ver dar garrote?

En un pueblo de Andalucía ha prohibido el alcalde la mendicidad.

—Caballero, dijo un hombre andrajoso á un transeunte, présteme Vd. dos cuartos.

El transeunte era el alcalde.

—¿Cómo se entiende, picaron?... exclamó ¡á la cárcel!

—¿Por qué?

—Porque eso es pedir limosna.

—No señor, esto es pedir prestado.

El alcalde calló, pero al dia siguiente prohibió tambien pedir prestado.

—Que se estienda hasta Madrid esta benéfica medida, decia uno de los que más piden, ¡pero que me lo avisen siquiera con ocho dias de anticipacion!

Yo adoro á mis hijos, exclamaba una señora muy nerviosa.

—No se conoce, porque les da Vd. unas tundas...

—Es cierto, pero antes de pegarles les hago tomar cloroformo.

En Capellanes.

El teatro representa el ambigú.

—¡Remonona! dice un hortera que ensaya sus primeras armas amorosas.

—Silencio, calavera...

—¿Por qué?

—Esa que se acerca es mi mamá.

—¡Cielos!

—Pero no tengas cuidado... solo se acerca á mí cuando estoy tomando algo.

En Paris ha habido tantos duelos entre literatos, que muchos de ellos, los más valientes sin duda, han decidido nombrar un tribunal de honor para que arregle estas cuestiones.

Entre los medios que se han propuesto para que la sangre no se derrame, dos son los más ingeniosos.

El primero consiste en que los adversarios se coloquen espalda con espalda y luego tiren.

El segundo es mejor:

—¿Queréis acabar con los duelos? ha dicho su autor.

—Sí, sí.

—Pues haced que los desafíos sean á pistola y que los padrinos se coloquen en medio. Ellos lo arreglarán... por la cuenta que les tiene.

Un candidato á diputado á Cortes recibió cierto dia la visita de un elector.

Despues de conversar largo rato, quedaron acordes, y lleno de alegría sacó el candidato un puro.

—¿Quiere Vd. un cigarro? preguntó al elector.

—No señor: lo que yo quiero es un estanco.

Creo que mis lectores verán con gusto la siguiente carta que un indio ha dirigido á otro que le habia desafiado.

Es muy original.

«Mi querido adversario: dos razones me mueven á no aceptar el duelo: el temor de mataros y el de que me mateis. Por otra parte, no veo la ventaja que me resultaria si os matase: no podriais servirme para ningun uso culinario, toda vez que no sois ni conejo, ni liebre.

Pero todo puede arreglarse para que dejemos satisfecha nuestra ira. Buscad un objeto que se parezca á mí; yo haré lo mismo; descargad sobre él vuestra pistola; yo haré lo propio; comunicadme si le dais ó no; yo os lo avisaré tambien; y si acertais y yo no, podeis figuraros que me habeis muerto. De este modo podemos vengar nuestras ofensas sin hacernos daño.»

Hé aquí una filosofía salvaje que me parece más aceptable que la filosofía civilizada.

Preguntaban á un juez el otro dia:

—¿Cuál es en concepto de Vd. la mujer más virtuosa?

—La que despues de cometer una falta se detiene, contestó.

CABOS SUELTOS.

En una tertulia ayer un ciego se despedía, y así al marchar nos decia:

—¡Señores, hasta más ver!

No es culpa nuestra. *La Regeneracion* nos regala todos los dias alguna carta destilando sangre. El maestro Covarrubias le escribe lo siguiente:

«No remito á Vd. ni oro ni plata por donativo, porque un pobre maestro que... pero en nombre de Jesus Nazareno, le envio lo que tengo, esto es, la rúbrica de esta carta con la sangre de mis venas, que por primera vez doy á Vd. en prueba de que está dispuesta á derramarse toda.»

¿Hay nada más sangriento?

—Sr. de Covarrubias, eche Vd. y no se derrame.

He visto *Volar sin alas* en la noche de su estreno; me parece un drama bueno con situaciones muy malas.

La Biblioteca nacional ha enriquecido últimamente su coleccion de manuscritos con un gran número de cartas de personajes célebres.

¿Se rien ustedes? Pues hacen mal, porque todas son antiguas.

Salió *El Poder Temporal*, y á juzgar por el papel lo encuentro inferior á *El Espíritu Nacional*. (Mas si me dan á elegir sin los dos pienso vivir.)

—¿Qué te parecen los Reyes Católicos de Cano? Preguntaba un amigo á otro visitando la Exposicion.

—Me parece que si el cuadro fuera más pequeño, sería una preciosa miniatura para una petaca.

Cuantas veces me paro delante del cuadro de Casado, no puedo ménos de hacerme esta reflexion:

¿Qué soldados tan principales los de aquella época; despues de desnudar á sus enemigos muertos, los cubrian con brocado de oro!

Nada ménos que dos pintores han presentado el bombardeo del Callao.

En este bombardeo, la ciudad ha padecido mucho ménos que el arte.

—¿Viste el ángel que Ferran pintó del *Quijote* al lado? —Le vi en Paris sofocado... —¿Cómo? —Bailando el *cancán*.

Un Sr. Miralles ha presentado un lienzo que es una alegoría del triunfo de la guerra de Africa.

¿Por qué este Miralles no se habrá dedicado, como un tocayo suyo, á tocar el piano?

—Vanhalen, con atencion vi tu *Noche de Zempoala*, y á juzgar por impresion la noche debió ser mala.

El concierto dado el viernes último en el Conservatorio, por el afamado pianista Sr. Pujol, fué, como anunciamos, una brillante fiesta. En ella lucieron su talento, alcanzando grandes aplausos, la señorita Trillo, y los señores Monasterio, Pujol, Amigó y Parera, desconocidos los dos últimos del público madrileño, y que son dos verdaderas notabilidades, como profesor de armonium el uno y como cantante bufo el otro.

El Sr. Saldoni, que acompañó al piano varias piezas, se lució tambien como acostumbra.

Buen cuadro es el de Gisber, pintado está como él suele; mas no he podido entender si al besar á su mujer la besa el rey, ó la huele.

Dos actores, que trabajaban en un teatro de Manresa, han sido conducidos á la cárcel, por suponérseles espendedores de moneda falsa.

El fabricar esta moneda es tambien un arte... de imitacion.

Creyendo por el arte hacer fortuna con un cuadro á Madrid vino Laguna; ¡cuántos como él gigantes se creyeron y un ratoncillo fué lo que parieron!

Solucion al Geroglífico del número anterior:—*Quien nisperos come—y bebe cerveza,—espárragos chupa—y besa á una vieja,—ni come ni bebe,—ni chupa ni besa.*

ANUNCIO.

PRIMITIVOS BOLOS ANTIGASTRÁLIGOS ELABORADOS en Cuenca por D. Francisco Almazán, farmacéutico.

Esta preparacion, á la que el autor debió el verse libre de un antiguo dolor de estómago en 1856, fué dada á conocer por primera vez en Madrid en 1864, calle del Leon, número 13; pero hace ya más de un año que cesó toda comunicacion. Por lo tanto, no deben atribuirse á aquel las que con copia literal ó extracto del prospecto que acompaña á este precioso medicamento, se espenden y publican en la corte con distintas procedencias que disputan entre sí la autenticidad.

Las cajitas llevan hoy alrededor la firma y rúbrica del autor, y se remiten á Madrid por el coche-correo á quien las pide en carta particular.

Hay depósito tambien en la oficina de Zavalza, en Zaragoza; de Almazán en Guadalajara, y en algunas otras provincias.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.